

Y DESPUÉS DE LA RESURRECCION, ¿QUÉ? Lucas 24: 45-53

Me resulta bastante interesante la forma en que termina cada uno de los 4 Evangelios. Es interesante porque marca el enfoque que quería comunicar cada uno de ellos después de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. El **Apóstol Mateo**, por ejemplo, termina con la Gran Comisión de ir a hacer discípulos a todo el mundo, bautizarles y enseñarles a ser obedientes a los mandatos del Señor; y cierra con la promesa del Señor Jesús de no dejarnos nunca (*Mt. 28:16-20*). El **siervo Marcos**, discípulo del Apóstol Pedro, termina de una forma similar, también con la Gran Comisión, pero con el enfoque en el requisitos para ser salvo: creer; y la manifestación externa que muestra que ha sido salvo: ser bautizado; habla de las señales que acompañan a los que creen; y cierra con la Ascensión del Señor al cielo y afirmando que el Señor estuvo con los discípulos ayudándoles en la Gran Comisión de predicar el Evangelio (*Mc. 16:14-20*). Por su parte, el **Apóstol Juan** no cierra con la Gran Comisión aunque también habla de ella (*Jn. 20:19-23*), pero prefiere cerrar con un testimonio personal y afirmando que el Señor Jesús hizo tantas cosas que no bastarían todos los libros del mundo para contarlas (*Jn. 21:20-25*). Juan quiere cerrar con un toque de amor para el Señor.

De manera intencional me brinqué al **doctor Lucas** porque es de lo que hablaré el día de hoy. Lucas cierra con un poquito de los otros tres evangelistas, pero agrega una serie de detalles que dan origen al desarrollo del mensaje de hoy. En su Evangelio, Lucas cierra su Evangelio contando la historia de los dos discípulos a quienes se les apareció el Señor camino a Emaús. Esto ocurrió el mismo día de la resurrección. Él les habló mucho, pero ellos no lo habían reconocido hasta que el Señor partió el pan; es decir, lo reconocieron por la forma en que partió el pan y lo repartió y entonces es que dieron testimonio de la Resurrección del Señor (*Lc. 24:13-35*). Después el Señor se aparece a sus discípulos, los saluda y los reta a que vean y toquen sus manos y pies, les pide algo de comer, le sirven un pedazo de pescado asado y come delante de ellos. Mientras come les dice que todo lo que pasó era necesario que pasara porque así estaba escrito en la Ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos, es decir, en las Escrituras (en estas tres partes era como los judíos dividían las Escrituras). Para nosotros es lo que conocemos como el Antiguo Testamento que anuncia la venida del Señor y todo lo que habría

de ocurrir a su Persona y Ministerio. El Nuevo Testamento da testimonio de que así ocurrió, tal como estaba escrito. El punto es que, ni aun así, explicándoles en detalle y presentándose físicamente delante de ellos, los discípulos podían creer que en verdad era el Señor Jesús (Lc. 24:36-44).

Entonces ocurre lo que se presenta en la vida de toda persona que en verdad tiene un corazón dispuesto para escuchar acerca del Señor Jesucristo. Y ya he explicado que creer no se trata de un conocimiento mental, sino de una respuesta de fe, una respuesta de entrega. ¿Qué es lo que pasa con aquellos que de verdad tienen un corazón dispuesto para escuchar la Palabra de Dios y creen?

*“Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras”
(v.45).*

Esto mismo fue lo que les sucedió unas horas antes a los dos discípulos en el camino a Emaús. El Señor Jesús les abrió su vista y pudieron reconocerlo (v.31). El Señor abrió su entendimiento y entonces pudieron comprender todo lo que les explicaba en el camino. Igual ocurre en esta escena con los once discípulos. El Señor Jesús, por medio del Espíritu Santo, actúa directamente en la mente y el corazón de las personas para entender el mensaje tal como lo enseña el Apóstol Pablo cuando dice: *“alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos (Ef. 1:8).* En otras palabras, cuando existe la disponibilidad para escuchar y la humildad para creer, el Señor da el acceso directo a Él para poder conocerlo más y más. El no creyente no tiene este gran privilegio y bendición (1Co. 2:14); no puede entender.

“Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su Nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (vv.46-47).

Estuve predicando las semanas pasadas acerca del padecimiento del Señor Jesús anunciado en el Antiguo Testamento (Is. 53:1-12), pero también se habla de sus sufrimiento en otros Libros (Sal. 22:16). Que resucitaría lo anuncia el rey David (Sal. 16:10), pero que sería al tercer día fue anunciado por el Profeta Oseas (Os. 6:2). Y he aquí lo que sucede cuando se tiene un corazón dispuesto a escuchar de verdad y se da una respuesta de fe: se predica el Evangelio de la Salvación en Cristo; se anuncia por todas partes que cuando hay arrepentimiento Dios perdona

pecados. Sin arrepentimiento y conversión, nadie puede entrar en el Reino de Dios por muy buena que parezca ser la persona. Esta prédica comienza con los más cercanos: familia, familiares, amigos vecinos, compañeros de trabajo, etc. De esto nos va a hablar más a fondo el doctor Lucas en su segundo Libro llamado “Hechos de los Apóstoles”.

“Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, Yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (vv.48-49).

Si ellos salían a predicar confiados en su propio conocimiento, la misión con toda certeza fracasaría. El Señor no puede permitir que eso pase y por eso no los mandó solitos; los llenaría del Espíritu Santo, el cual les daría la dirección, la sabiduría y el poder para predicar las Buenas Nuevas de Salvación. Nadie que no tenga al Espíritu Santo está calificad@ para predicar las Buenas Nuevas, el Evangelio de Salvación. El Espíritu Santo se recibe el mismo día, en el mismo instante que la persona, arrepentida de sus pecados le entrega la vida al Señor Jesucristo y lo recibe como Señor y Salvador (*Hch. 19:2*).

Esto es algo más que pasa en aquellas personas con un corazón dispuesto para escuchar y que creen al Señor: se convierten en testigos de Él. Un testigo es una persona que es capaz de dar una declaración con mucha certeza porque tiene verdadero conocimiento de lo que dice. Para que esto sea posible es necesario que el Espíritu Santo esté en aquella persona para darle ese poder de declarar con absoluta certeza (*Hch. 1:8*). Esta promesa se cumpliría para ellos el Día de Pentecostés y, a partir de ese día, para todos los creyentes en Cristo. Se refiere al poder para predicar el Nombre de Cristo (*Hch. 4:33; 6:10*) y, si el Señor así lo considera necesario, para obrar milagros también (*Hch. 4:7-10; 6:8*).

Es mi convicción que nadie tiene más impacto en el mundo cuando hable del Señor Jesús que un testigo. Aún más que un excelente maestro o un orador. Tal vez por eso Lucas comienza el Evangelio que lleva su nombre diciendo que iba a contar con absoluta seguridad y en orden lo referente al Señor Jesucristo *“tal como nos lo enseñaron desde el principio lo que vieron con sus ojos, y fueron ministros de la Palabra” (Lc. 1:2)*. El Apóstol Juan comienza su Primera Carta con estas palabras: *“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna,*

la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1Jn. 1:1-3).

Tal vez los discípulos del Señor no eran los grandes teólogos ni los más preparados maestros, pero fueron testigos de Él y su testimonio impactó a la gente de su época a tal grado que se extendió hasta nuestros días y se seguirá extendiendo hasta la Segunda Venida del Señor.

“Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo” (vv.50-51).

Quien de verdad cree en Jesucristo cree que Él fue subido al cielo en cuerpo y alma; es decir, vivo y de una manera visible. Y además espera pacientemente el regreso glorioso del Señor cuando venga por su Iglesia en lo que llamamos el Rapto o Arrebatamiento, y cuando llegue en su Segunda Venida. Esta fue la promesa dada a los discípulos el mismo día en que el Señor fue levantado a los cielos (Hch. 1:9-11) y es lo mismo que creemos y esperamos los creyentes en Cristo.

“Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén” (vv.52-53).

Las dudas (v.11), la tristeza (v.17) y los miedos (v.37) fueron reemplazados por gozo cuando vieron al Cristo resucitado y cuando lo vieron subir al cielo hasta que una nube lo recibió y lo ocultó de sus ojos (Hch. 1:9); lo adoraron, regresaron a la ciudad y siempre estaban en el Templo alabando y bendiciendo a Dios. Recordamos cuando se había despedido de ellos antes de la Crucifixión, ellos estaban llenos de tristeza (Jn. 16:6), pero ahora que han entendido todas las cosas lo ven partir llenos de gozo; ahora entendieron lo que les quiso decir antes cuando dijo: *“Pero Yo os digo la verdad: Os conviene que Yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Jn. 16:7).* Estaban en el Templo en las horas de oración y en los servicios. Iban con un corazón dispuesto para alabar y bendecir al Señor en todo tiempo.

Esto es lo mismo que pasa cuando una persona tiene un corazón dispuesto a escuchar y cree en el mensaje, cree en la Palabra, cree en Jesucristo como Señor y Salvador: las dudas, la tristeza y el miedo son cambiados por gozo y anhela siempre estar en el Templo alabando y bendiciendo a Dios. Esta es una persona a la que no se le hace una carga

venir al Templo para alabar, bendecir y para aprender, servir y convivir con los hermanos.

Conclusión.

Cuando vemos las reacciones de los discípulos ante la Persona de nuestro Señor Jesucristo y sus enseñanzas, nos damos cuenta de que algunos creen que creen, o dicen que creen, pero en realidad no creen (*Jn. 6:60-66*); otros creen que creen, o dicen que creen, pero viven como si no creyeran; y otros tienen simplemente temor de creer porque temen ser engañados, o porque tienen miedo de las reacciones de familiares y amigos, o simplemente porque tienen miedo de cambiar sus vidas y dejar de hacer ciertas cosas que ahora hacen y por eso son muy reservados; el peligro está en quedarse así de temerosos y reservados siempre porque nunca darán el paso de fe para salvación, sino que se quedarán en un "casi salvos" (*Mc. 12:34*). Pero, como he predicado en otras ocasiones, la fe, que no es otra cosa que el creer, tiene que ser sometida a la Palabra de Dios para comprobar que es verdadera fe; de lo contrario solamente será religiosidad, costumbre, tradición o mero emocionalismo, pero no fe, porque la fe es la respuesta que la persona da a Dios por su amor, su bendición y su Salvación; la fe es entrega y compromiso con Dios.

En algunas de estas condiciones seguramente se encontraban los discípulos del Señor, pero ellos dieron ese gran paso de fe que los llevó después a predicar la Palabra defendiéndola con valentía y coraje, pero con mucho amor; sufriendo burla, rechazo, maltrato, desprecio, castigo y, muchos aún, pagando con sus vidas por ese amor y fidelidad al Señor que los salvó y cambió sus vidas para siempre. ¿Y nosotros qué estamos dispuestos a hacer?, ¿hasta dónde estamos dispuestos a entregar?, ¿hasta dónde queremos llegar?

Semana Santa terminó y es mi oración que tengamos siempre la disposición para querer escuchar y aprender más y más de Dios, de su Palabra y de su obra. Cuando tenemos un corazón dispuesto para escuchar y creer suceden varias cosas:

1. El espíritu Santo abre nuestro entendimiento para buscar, saborear y comprender la Santa Palabra de Dios.
2. Predicamos el Evangelio de la Salvación en Cristo; anunciamos por todas partes que, cuando hay arrepentimiento, Dios perdona pecados (no importa cuán grandes o graves sean). Predicamos que sin arrepentimiento y conversión, nadie puede entrar en el Reino de Dios.

3. Nos convertimos en testigos de Él. Y, como dije, un testigo es una persona que es capaz de dar una declaración con mucha certeza porque tiene verdadero conocimiento de lo que dice.
4. Creemos en su Ascensión a los cielos y esperamos pacientemente su regreso. Mientras esperamos, trabajamos en su obra.
5. Nuestras dudas, tristezas y miedos son cambiados por el gozo del Señor y anhelamos siempre estar en el Templo alabando y bendiciendo a Dios. Nunca se nos hace una carga venir al Templo para alabar, bendecir y para aprender, servir y convivir con los hermanos.

Estos cinco puntos son la respuesta a la pregunta: “Y después de Semana Santa, ¿qué?” Y mi oración es que esa sea la respuesta de todos los que estamos aquí. Amén... Vamos a orar...